

## X. CARLOS REYLES

1. EL ESCRITOR Y EL PENSADOR. El novelista Carlos Reyles (1868-1938) es una figura ilustre de las letras uruguayas, de extendido renombre internacional. Fue ante todo escritor. Pero fue además pensador que cultivó el ensayo de ideas. A través de éste expuso una doctrina de inequívoco fundamento materialista, cuyas tesis reaparecen aquí y allá en boca de los personajes de sus ficciones literarias.

En 1910, ya impuesta su reputación de novelista, dio a luz en aquel género del ensayo, *La muerte del cisne*, donde sustenta con espléndido estilo una "ideología de la fuerza" y una "metafísica del oro". Resulta muy ostensible y expresa la influencia de Nietzsche a propósito de la concepción de los valores morales; pero en el fondo, es el cientificismo materialista lo que domina en la obra. Llega aún a adherir en ella a las bases filosóficas del marxismo, aunque para sacar conclusiones favorables a la hegemonía de las clases poseedoras de la riqueza, a las que él, dueño de inmensa fortuna, pertenecía. La complementan los *Diálogos olímpicos* (1918), en los que hace algunos retoques a su doctrina moral.

De regreso al país después de una prolongada ausencia, le fue confiada en 1932 una Cátedra de Conferencias desde la cual actualizó, sin variantes sustanciales y a menudo con reiteración de textos, sus viejas ideas. Fruto de esta labor en los últimos años de su vida, compartida siempre con la producción novelística, fueron tres nuevos volúmenes de ensayos: *Panoramas del mundo actual* (1932), *Incitaciones* (1936), *Ego Sum*, obra póstuma (1938).

2. FUERZA Y MATERIA. La primera parte de *La muerte del cisne* resume, bajo el título de "Ideología de la Fuerza", la conciencia filosófica de Reyles. La noción de Fuerza aparece allí con carácter central, erigida en causa primera de todas las cosas, en criterio último de explicación de la realidad cósmica tanto como de la acción humana. Pero en el orden moral esa noción de Fuerza resulta reducida a la de Vida y en el orden metafísico a la de Materia.

Habla de una "metafísica de la fuerza".<sup>1</sup> Dice de la Fuerza que "se impone cada vez con más tiranía al entendimiento como

<sup>1</sup> *La muerte del cisne* (3ª Ed.), p. 81.

el *principio único* del que serían portentosos atributos por orden cronológico, la materia, la vida, la inteligencia, el alma...<sup>2</sup> Pero llama en seguida a eso "monismo archi-materialista"<sup>3</sup> y establece que "materia y fuerza son la misma cosa" y que "entre el mundo tangible y el mundo inmaterial no existe ningún abismo".<sup>4</sup> Por eso "un acto, un pensamiento, del mismo modo que una vida o un mundo", le parecen, "en su realidad primordial y esencia íntima, formas de la materia, y por lo tanto, momentos sutiles de la fuerza".<sup>5</sup>

Su Ideología de la Fuerza es así una Ideología de la Materia. La agonía de lo divino resulta incontestable a las inteligencias libres de prejuicios hereditarios y atavismos religiosos. "La ciencia, la experiencia prolija del caduco globo, levanta el velo de Maya, y en lugar de las desnudeces impecables y sagradas perfecciones de la diosa, surge la razón física de los fenómenos."<sup>6</sup>

Esa razón física se impone sobre "la razón divina, perseguida y estrechada por la explicación materialista del universo".<sup>7</sup> Su triunfo es incontrastable.

La armonía misteriosa de un organismo, de un alma o de un mundo tuvieron, mientras el conocimiento real de las causas permaneció silencioso, el excelso y común origen de la inteligencia divina; pero ésta fue el símbolo de la ignorancia y del azoramiento humanos que bordó la encantada imaginación de las religiones sobre el tenue cañamazo de un universo quimérico. Formidables intuiciones invitan hoy a pensar que no existe otra Inteligencia que la inteligencia de la materia, ni otra Razón que la razón física, ni más Harmonía que los pasajeros equilibrios de una eterna lucha.<sup>8</sup>

El viejo intento de "establecer la unidad de naturaleza física de todos los fenómenos", que desde la presocrática recorre la historia de la filosofía, "se depura y acicala en la moderna escuela materialista, hasta aparecer, por fin, como una afirmación razonada y formal, en la concepción unicista o monista del universo y la doctrina físico-química de la vida".<sup>9</sup> De tal suerte, "la evo-

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 11-2.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 31-2.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 42.

lución filosófica tiende a un monismo absoluto, materialista y prosaico", y "tal materialismo... penetra el pensamiento contemporáneo, sin curarse de las declamaciones sonoras y huecas con que se gargarizan los eternos ilusos".<sup>10</sup>

Ese declarado materialismo de Reyles se remite a Le Dantec y Le Bon. Pero también a Marx y Engels.

Su adhesión al materialismo histórico es terminante. A su juicio, "muy acertadamente dice Marx" que: "El modo de producción de la existencia material determina generalmente el *processus* social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre la que determina su manera de ser, sino, al contrario, su manera de ser social la que determina su conciencia."<sup>11</sup> Cita también pasajes de Engels y concluye por su cuenta: "Por fin los fenómenos sociales pueden explicarse positivamente, sin echar mano de sutiles recursos: son las apariencias, las superestructuras de la evolución económica, la cual provoca la formación y la lucha de clases y ésta, a su vez, la enmarañada urdimbre de la historia."<sup>12</sup>

En consecuencia, se "legitiman las pretensiones del materialismo histórico".<sup>13</sup> Pero se legitiman sólo en cuanto explicación materialista del proceso histórico y social. Erran Marx y su escuela en todo lo que se refiere a la teoría del socialismo, a la que opone Reyles la moral nietzscheana del dominio de los fuertes sobre los débiles.

3. LA VIDA Y LOS VALORES. Ya hemos dicho que en la esfera moral, la noción metafísica de Fuerza es reducida por Reyles, a la de Vida. Su moral es una moral de la Vida, y aún, según expresión en la que insiste, una "religión de la Vida".

El vitalismo de Reyles no se confunde, aunque coincidan algunas de sus fuentes —como la de Guyau— con la *filosofía de la vida* de sus coetáneos Rodó y Vaz Ferreira. Si confrontamos *Motivos de Proteo* (1909), *Lógica viva* (1910) y *La muerte del cisne* (1910) —tres obras prácticamente simultáneas— encontramos en todas ellas una común exaltación de la Vida. Pero en

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 67. Sin este radicalismo verbal, aparece la misma filosofía materialista en sus ensayos últimos, en los que intercala fragmentos enteros de *La muerte del cisne*. Véase, por ej., *Panoramas del mundo actual* (1932), pp. 39-40.

<sup>11</sup> *La muerte del cisne*, p. 102.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 103.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 104.

tanto que en las páginas de Rodó y Vaz Ferreira la Vida se identifica con la experiencia humana, y tiene *lo vivo* un sentido espiritual, en las de Reyles asume la Vida un riguroso significado biológico, y *lo vivo* es ante todo lo vital en su inmediatez orgánica. Es éste uno de los más precisos puntos de bifurcación —desde antecedentes compartidos— del empirismo y el materialismo uruguayos del siglo XX.<sup>14</sup>

He aquí el planteamiento que a su juicio hace su época del problema moral, y al que adhiere:

Las caliginosas nieblas del antropocentrismo se disipan y por eso la moral, como la religión, la filosofía y la ciencia, recorre también, mal de su grado, la convulsa trayectoria de lo infinito a lo finito, de lo absoluto a lo relativo, de lo divino a lo natural, de la vaporosa metafísica a la sesuda biología. . . . A las morales de esencia mística, altruistas e infalibles, siguen presto las morales de levadura fisiológica, sensualistas y pecadoras, que hacen del placer, del egoísmo, de la lucha, y finalmente con Guyau y Nietzsche, de la expansión de la vida y del instinto de dominación, vale decir, de la fuerza, el resorte oculto de la conducta y la base sólida e indestructible del Bien y del Mal.<sup>15</sup>

En consecuencia, nada de verdades morales eternas, de principios absolutos, de posibilidad de una ética infalible e inmutable. No existe una moral única sino mil morales, igualmente verdaderas en un momento determinado e igualmente falsas después de él. "Como creación de la Vida, imponiéndose una ley para asegurar la vida, las reglas y las evaluaciones morales, dictadas siempre por razones de utilidad, son impuras, deleznable, perecedera."<sup>16</sup>

Esta verdad, vieja sin duda, es Nietzsche, "el gran revolucionario de la filosofía", quien la ha pregonado e impuesto de manera insuperable.

Así, todo ha cambiado.

A la religión del Alma, sustentada con grande penuria a los flacos pechos de la metafísica, y enemiga de la Naturaleza y la

<sup>14</sup> La misma reiterada exaltación de la Vida, desde el indicado punto de vista materialista, aparece en otras dos representativas obras de la época, de las que hablamos en otros lugares: *Arte, estética, ideal* (1912) de P. Figari, y *El criterio fisiológico* (1919) de S. C. Rossi, aunque las conclusiones morales de una y otra sean bien distintas a las de *La muerte del cisne*.

<sup>15</sup> *La muerte del cisne*, pp. 15-6.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 18.

realidad, sucede la religión de la Vida, no reconociendo otras reglas ni leyes que las que ellas mismas se dictan para asegurar su reinado. . . . Y la elección de la Vida entre aquello que la propaga y robustece y aquello que la mengua y desvirtúa, no puede ser dudosa. Lo bueno, lo justo, lo verdadero es lo favorable a ella; lo malo, lo injusto, lo falso lo que a ella se opondrá. . . . la Vida, la única cosa sagrada, se dicta sus leyes y fines, que no tienen otro objeto que el de asegurar la triunfante expansión de la vida, lo cual entraña la adoración de la fuerza como origen y medida de todas las cosas, y el amor de la existencia, no como espectáculo trascendente y finalista, sino como espectáculo estético.<sup>17</sup>

Únicamente los valores vitales tienen, pues, razón de ser, como transformaciones y prolongaciones utilitarias de la Fuerza al servicio de la Vida. Por eso apoya Reyles la *transmutación de valores* de que habló Nietzsche, a costa de "las entidades de las filosofías espiritualistas: Justicia, Derecho, Bien, Mal".<sup>18</sup> Se trata de echar los cimientos de la fábrica moral, no en la voluble razón del espíritu sino en "la firme razón de la materia". Sólo "el amable pensamiento de Guyau intentó poner de acuerdo la moral de la fuerza con nuestra moral; la expansión de la vida y los instintos interesados y agresivos, con el amor de los otros y el desinterés".<sup>19</sup> Argucia ésa, como la de la *voluntad de conciencia* de Fouillée, después de las cuales "queda más claramente dilucidado lo que podría llamarse el origen material del espíritu y la naturaleza agresiva de las morales".<sup>20</sup>

Sin embargo, en *Diálogos olímpicos* regresa Reyles a un criterio conciliador que invoca expresamente la noción de *voluntad de conciencia* y levanta frente a "la razón universal, que es fuerza", "la razón humana, que es justicia".<sup>21</sup> De esa manera, en plena Primera Guerra Mundial, justificaba expresamente la causa de Francia agredida por Alemania. Los clásicos valores espirituales son, al fin, "ilusiones vitales" que fomentan la vida. Y así escribe todavía al final de su existencia, en franca rectificación de la moral de *La muerte del cisne*:

Del egoísmo aguzado por las levaduras de la más vida, a la que tiende la vida fatalmente, la cual, dicho sea de paso, no acata

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 35, 37, 39.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 7-8.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>21</sup> *Diálogos olímpicos* (Ed. 1919), I, p. 44.

otras pautas que las dictadas por ella misma para dilatar su propio imperio, brota, como flor en rama espinosa, el altruismo. De la voluntad de dominación espoleada también por la más vida de las ilusiones vitales nace, lo que no vio Nietzsche, la voluntad de conciencia, acicate, no freno de aquélla... Altruismo y voluntad de conciencia son dos cosas formidables inventadas por el animal más belicoso y que ignora el resto de la creación.<sup>22</sup>

Su metafísica seguía siendo materialista; su moral había dejado de ser nietzscheana.

<sup>22</sup> *Panoramas del mundo actual* (1932), p. 48.